—Es demasiada fortuna encontrar una oportunidad para combatir á los enemigos de Italia, y por lo tanto, no la dejaremos escapar, contestó Attilio. Si no teneis en ello inconveniente, permaneceremos juntos hasta la hora del encuentro.

Aceptada esta proposicion, los estranjeros mandaron traer tinta y plumas á fin de estender papeletas con sus nombres y ver á quien tocaria la suerte de batirse, y entre los italianos, tres caballeros se ofrecieron á ser padrinos. Faltaba solo la eleccion de armas, y al discutirse este punto, se acordó que los combatientes dispararan primero sus revolwers á la distancia de quince pasos, batiendose luego con espada y daga los que no sucumbiesen en el primer encuentro, atendido que el duelo debia ser á muerte.

Convenidos todos en estas condiciones, sacáronse tres papeletas de un sombrero que hacia las veces de urna, y vióse que la suerte tocaba á un tal Foulard, capitan francés, á un español del partido carlista, llamado Sanchez, y á Haynau, oficial austríaco. Los padrinos se ocuparon durante el resto de la noche en examinar las armas, á fin de que no hubiera la menor ventaja ni por unos ni por otros.

CAPITULO XLI.

El duelo.

Los primeros albores de la aurora comenzaban á iluminar la cima del monte Viterbo, cuando doce hombres embozados en sus capas atravesaron el escabroso camino que conduce al bosque, y desaparecieron entre los árboles. Todos andaban silenciosos y no se detuvieron hasta llegar á una esplanada rodeada de árboles, como las que se encuentran con mucha frecuencia en el centro de los bosques de Italia, pero una vez en aquel lugar solitario, donde iba á representarse un drama sangriento, los respectivos padrinos midieron las distancias, y los adversarios fueron á ocupar su puesto.

Ya se habia dado la segunda palmada, é iba á comenzar aquel duelo á muerte, cuando de pronto se oyó el toque de una trompeta, y pocos momentos despues, vióse avanzar por el camino que conducia al bosque una compañía de soldados estranjeros al servicio del Papa, seguidos del delegado Sempronio y algunos de sus agentes.

Cumpliendo con un deber de justicia, debemos confesar aquí, que los oficiales que iban á batirse, aunque mercenarios, dejaron á conocer su profundo disgusto al ver lo que sucedia, y hasta querian ayudar á sus adversarios para que emprendiesen la fuga, pero en aquel momento se dió órden á las tropas de rodear á los italianos.

A personas de poco valor, les hubiera infundido seguramente temor semejante órden, y solo habrian pensado en huir, pero nuestros romanos eran hombres para desafiar cualquier peligro. Al oir la trompeta, miraron á sus antagonistas fijamente, y observando con satisfaccion que estaban tan sorprendidos como ellos, hicieron frente á sus enemigos y comenzaron á internarse en el bosque con paso mesurado.

Viendo los soldados con asombro que entre las personas á quienes se les mandaba arrestar habia algunos de sus oficiales, detuviéronse un momento sin saber qué partido tomar, pero furioso Sempronio al comprender que se desbarataba lo que él llamaba su plan de ataque, gritó á la tropa señalando á sus compatriotas:

—¡Fuego, fuego por aquel lado!

Los soldados se detuvieron aun algunos momentos, pero los agentes dispararon sus armas, y de los seis italianos, dos de los padrinos quedaron heridos ligeramente, no sin que Attilio los vengara en el acto, pues sacando su revolwer, tuvo la fortuna de atravesar el brazo de Sempronio, que no era sino un cura disfrazado de agente.

Aquel cobarde comenzó entonces á dar gritos y á lamentarse, escitando con esto mas bien desprecio que lástima, y al ver que nadie le hacia caso, emprendió la fuga hácia Viterbo, sin pensar ya en su *plan de batalla*.

Los oficiales estranjeros estaban avergonzados de que se les hubiera puesto en ridículo de aquel modo, aun cuando no era suya

la culpa; un espía era el que habia descubierto sus nombres y escitado á Sempronio á dar aquel golpe de mano, merced al cual podria llevar algunos prisioneros á Roma y contraer un mérito mas para adelantar en su carrera.

Sempronio contaba entre su gente con algunos hombres menos escrupulosos que los seis duelistas, especialmente con un cierto capitan Tortiglio, comandante de la compañía, quien juzgando que seria fácil apoderarse de los tres italianos que huian por el bosque, resolvió emprender la persecucion.

Muzio y sus compañeros, que se iban internando cada vez mas, hicieron frente á sus enemigos mientras tuvieron municiones, consiguiendo tenerlos á raya, pero concluidas aquellas, apresuraron su retirada, perseguidos por los soldados del capitan Tortiglio, quien juraba que se apoderaria á toda costa de los fugitivos, esperando sin duda que el gobierno Pontificio le daria una buena recompensa.

Afortunadamente, Horacio llevaba consigo su inseparable cuerno de caza, y acercándolo á su boca, produjo un agudo y prolongado sonido, al que contestó á poco otro semejante que parecia salir de las profundidades del bosque, oyendose luego un rumor de pasos que iba acercándose cada vez mas.

Pasados algunos minutos, vióse salir de la espesura á una porcion de hombres, que eran los compañeros de Horacio, los cuales habian ido á esperar á su jefe, cumpliendo con la órden que éste les habia dado antes en Viterbo.

A la cabeza de la banda iban Clélia é Irene vestidas de amazonas, y á su lado el intrépido Jacobo, que ardia en deseos de dar una prueba de valor ante sus hermosas compañeras de viaje.

Por su parte, los romanos aguardaron á pié firme á la tropa, y sin disparar un solo tiro, la atacaron al grito de ¡*viva Italia*! consiguiendo dispersarla á los pocos momentos, pues viendo los

soldados que el número de enemigos aumentaba á cada instante, huyeron en todas direcciones, sin atender á las órdenes de sus oficiales.

El capitan Tortiglio, que era hombre de valor y habia avanzado á la cabeza de su gente, se encontró de pronto solo, y acercandose á él Attilio, intimóle la rendicion.

—¡No! gritó Tortiglio, tirando una furiosa estocada á su adversario, yo no me rindo nunca.

El artista, que se habia arrollado la capa al brazo, paró el golpe de su enemigo, y arrojándose sobre él, trabóse una lucha encarnizada, pues el capitan, aunque bajo de estatura era muy ágil y fuerte, pero al fin Attilio arrojó á su contrario en el suelo y logró sujetarle, si bien no le quiso matar.

Entretanto, la banda de Horacio perseguia á los fugitivos, mas no queriendo alejarse mucho, volvió á poco, y solo se pensó entonces en recoger los heridos.

Los del enemigo fueron enviados á Viterbo, escoltados por los prisioneros, y los que tenian los romanos, se internaron en el bosque, juntamente con el capitan Tortiglio, á quien se detuvo algun tiempo en rehenes mas no con la intencion de conservarle como prisionero. Clélia é Irene fueron elogiadas con entusiasmo por su valor y actividad, y Muzio despues de besar sus manos, las dirigió el siguiente discurso, inspirado sin duda por la victória que se acababa de alcanzar:

—Bueno es que vosotras, dignas y nobles hijas de Roma, deis á todos el ejemplo, especialmente á los hombres pusilánimes que en Italia esperan que les caiga la libertad del cielo, confiando en que el estranjero vendrá á salvar la pátria. No se avergüenzan de sufrir el yugo del tirano y consienten que Roma, la heróica ciudad, siga siendo un foco de corrupcion sometido al dominio de los curas, que han llegado á ser el escándalo de la humanidad. Las

mujeres, sí, las mujeres son las que están llamadas á castigar la infamia y la villanía, desde que los hombres no se sienten con suficientes fuerzas para ello.

Al llegar á esta parte de su vehemente discurso en honor del bello sexo, Muzio enmudeció de repente ante una aparicion con que no contaba, y que se presentó como caida de las nubes en el camino de Viterbo. La elocuencia del jóven se disipó como por encanto, y por un momento quedó inmóvil cual si fuese de piedra; acababa de reconocer á la mujer que adoraba con locura, á Julia, la hermosa inglesa, que adelantaba rápidamente á su encuentro.

La emocion de Muzio no fué tan notada porque al divisar el buen Jacobo á su ama, echó á correr como un loco, tirando hasta su preciosa carabina, que no abandonaba ni un momento, y apenas hubo llegado delante de Julia, que le recordaba su país, su familia, sus amigos y todas sus afecciones, arrojóse á sus piés vertiendo lágrimas de alegría. La noble jóven se apresuró á levantar á Jacobo del suelo, y dándole la mano bondadosamente, acercóse á Clélia y Silvia, quienes la presentaron á Irene, á la cual deseaba conocer personalmente, y cuya romántica historia le habia sido referida ya varias veces.

Hasta los compañeros de Horacio olvidaron por un momento la disciplina y se agruparon en derredor de la hermosa hija de Albion, admirando su belleza, y preciso es confesar que Julia sintió halagado su amor propio ante el homenage de aquellos valerosos hijos de Italia.

CAPITULO XLII.

La encina.

Despues de saludar á sus amigos Attilio y Horacio, Julia no olvidó á su amado Muzio, el cual se habia confundido entre sus compañeros para que no se notase tanto su emocion.

El valeroso jóven habia procurado conservar siempre su decoro y dignidad; hasta cuando andaba errante por las calles de Roma, hacíase notar por esa distincion de maneras que heredan desde la cuna las personas de noble estirpe, y Julia no pudo menos de admirar el cambio que habia operado en el jóven la vida de los bosques.

Cierto es que la situacion del último vástago de la casa de Pompeo era entonces muy diferente: Scipio, el fiel criado, que voluntariamente se encargara de Muzio cuando era todavía un niño, habia fallecido ya, pero antes de morir, escribió al cardenal S..., tio carnal del jóven, una larga carta en la que le referia la historia que ya conocen nuestros lectores, manifestando al mismo tiempo cuáles eran los bienes usurpados. El cardenal dió órden

de practicar las necesarias averiguaciones, y habiendose puesto en comunicacion con Muzio, dispuso que se le diese todo cuanto necesitara, hasta que entrara en posesion de sus bienes, y él mismo, pensó en regalar á su sobrino alguna de sus fincas además de las que le correspondieran de su padre, usurpadas tan fraudulentamente.

Este repentino cambio de fortuna tuvo lugar á fines del año de 1866, en cuya época los italianos, á pesar de las intrigas que se empleaban, recobraron sus bienes, librandose de los estranjeros que favorecian al clero.

Fué por lo tanto una buena suerte para el cardenal S... el tener un sobrino liberal, y sobre todo del temple de Muzio, pues entonces convenia mucho á los prelados poder contar con amigos en aquel partido.

Julia contempló á Muzio con cierta satisfaccion, pero como habia empezado á profesarle cariño cuando se hallaba en una desgraciada situacion, casi hubiera preferido verle embozado en su humilde capa de aventurero.

El jóven no contestó á las afectuosas palabras de Julia, pero besó su mano con tal efusion y respeto á la vez, que su silencio fué mas elocuente que las mas ardientes protestas.

Clélia é Irene se consideraban felices por verse reunidas de nuevo con todos sus amigos; la satisfaccion se revelaba en sus semblantes, y aquí es preciso confesar, que por mucho que nos disguste verter la sangre de nuestros semejantes, la victoria es muy dulce; en los primeros momentos no se reflexiona que el campo está cubierto de muertos, heridos y moribundos; sus gritos de dolor no se escuchan; el triunfo nos embriaga; el haber derrotado á nuestros enemigos nos enorgullece, y nos dormimos tranquilamente sobre los nuevos laureles que acabamos de conquistar.

La lucha ha sido fratricida, pero ¿qué importa? ¡Ah! Manzoni tiene razon; el corazon del hombre olvida esa triste verdad en medio de la victoria. ¡Cuándo permitirá el cielo que todos sean verdaderos hermanos, y en vez de pensar en destruirse se ocupen solo en buscar los medios de asegurar una paz eterna!

Los jefes romanos, seguidos de su banda, y precedidos de las señoras, se habian puesto en camino, y á poco hicieron alto en un claro del bosque donde se elevaba una corpulenta encina, bajo la cual se formó una especie de campamento á fin de tomar algun descanso.

Silvia que ignoraba aun el paradero de su esposo, se acercó entonces á Julia, y la preguntó con inquietud:

—¿Podreis decirme ahora, amiga mia, dónde se halla mi querido Manlio?

—No tengais cuidado por él, replicó la inglesa; ahora está en la isla del Recluso, su salud es muy buena, y he prometido llevarle noticias á la mayor brevedad.

—¿Y qué opina el general acerca de los asuntos de Roma? preguntó á su vez Attilio.

—Aprueba del todo la noble conducta de los pocos romanos que han declarado la guerra al gobierno Pontificio, y que por su actitud protestan contra una iniquidad que no puede tolerarse en nuestro siglo, y aplaude tambien la resignacion con que esperais un movimiento general, para llevar á cabo la unidad Italiana, privando así al estranjero de un pretesto para crear nuevos obstáculos. Sin embargo, el general es de parecer que mientras el gobierno continue prosternándose ante el que rige los destinos de Francia, renunciando á que Roma sea la capital de nuestro país, debeis estar dispuestos á resolver esta cuestion con las armas en la mano.

—Sí, repuso Muzio, pero debemos tener presente que la paciencia es la virtud del asno, y nosotros los romanos hemos tenido demasiada para tolerar por mas tiempo la mas inícua de las tiranías, consintiendo que los hombres del clero sean nuestros opresores.

—¿Y está muy lejos esa isla de que hablais? preguntó Silvia, que no podia olvidar á su querido esposo; ¿no podríamos ir á pasar algunos dias allí?

—Nada mas fácil, replicó Julia, estamos muy cerca de la frontera, y despues de cruzarla nos dirigiremos á Leghorn, donde se halla anclado el *Seagull*, desde cuyo punto nos haremos á la vela con direccion á la isla, que no está léjos, pero ahora debo notificaros el casamiento del capitan Thompson con vuestra amiga Aurelia, el cual tuvo lugar en ese solitario retiro del mismo modo que el de vuestra hermosa hija.

—¡*Per la grazia di Dio!* esclamó Horacio, levantándose y fijando su mirada en una vereda del bosque. ¿Quiénes serán esos viajeros que se acercan á nosotros?

Todos siguieron con la vista la direccion que indicaba Horacio, y divisaron en efecto á un robusto mancebo que avanzaba rápidamente, seguido de una mujer jóven aun, cuyo semblante revelaba la melancolía y el sufrimiento.

Aquellos viajeros eran Silvio y Camila, mas para esplicar su presencia en aquel sitio, debemos hacer aquí una ligera digresion.

Cuando los liberales hubieron resuelto abandonar á Roma, nuestro cazador fué á despedirse de la desgraciada Camila, á quien no habia dejado de amar, y al llegar á casa de Marcelo, halló como siempre á Fido y á Marcelino, y á la infeliz jóven arrodillada junto á la tumba de su padre segun costumbre.

—¡Justo Dios! murmuró Silvio, ¿es posible que por el crímen de otro se vea un sér inocente reducido á la miseria y en seme-

jante estado de locura? ¡Oh Dios mio! devolved la razon á esa pobre mujer, y yo seré su protector toda la vida!

Sin duda Camila oyó estas palabras, pues se volvió lentamente hácia Silvio, dirigiéndole una mirada, primero de espanto y luego de ternura. Era evidente que aquella compasiva súplica habia tocado una fibra sensible en el corazon de la desgraciada jóven, pues obedeciendo á un poderoso impulso, arrojóse en brazos de su amante, vertiendo un torrente de lágrimas, pero no de tristeza. Una gran pena y una grave falta habian privado de la razon á Camila; solo con un generoso perdon y un noble y desinteresado amor, podria volver á recobrarla.

CAPITULO XLIII.

La cena campestre.

Horacio y sus compañeros recibieron afectuosamente á los recien llegados y las señoras escucharon con el mayor interes la triste historia de Camila, á quien prodigaron toda clase de atenciones, compadeciendose de sus desgracias. La emocion que esperimentára la infeliz jóven al ver de nuevo á Silvio, habia operado en ella un cambio muy favorable, parecia mostrarse sensible al tierno cariño de su protector, y era de esperar que de un momento á otro recobrase su razon perdida. Cuando el generoso cazador hubo descansado algunos momentos, invitósele á que refiriera las peripecias de su viaje, y accediendo gustoso á la peticion, espresóse en estos términos:

—Al pasar por Viterbo, noté que habia mucha agitacion, mas no pude enterarme bien de lo que allí pasaba; los ciudadanos corrian por las calles para ponerse fuera del alcance de los soldados, y éstos, que acababan de recibir refuerzos de Roma, iban tomando por asalto todas las tabernas, donde ví á muchos com-